

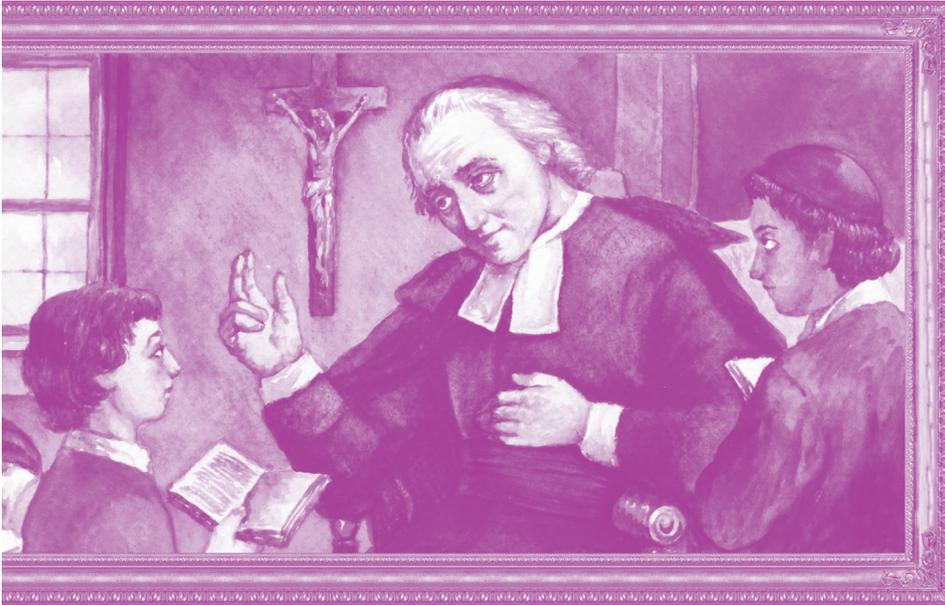


Capítulo 3.

A la escucha de la Providencia

Para entonces ya estaba muy pendiente de los maestros todo el día y se sentía sacerdotalmente atado a su tarea en las escuelas. Les llevaba a veces a su propia casa para formarles con lecturas y piadosas conversaciones durante las comidas y les daba diversas charlas religiosas y pedagógicas para que luego ellos supieran comportarse mejor en su tarea docente. Eran ya siete, tal vez ocho, y educaban a unos 500 niños.

El 28 de Julio asumió de nuevo la tutoría de sus hermanos: Juan Luis de 16 años, de Pedro



San Juan Bautista de La Salle

HECHOS Y GESTOS DE UN MENSAJERO

de 14 y de Juan Remigio de 10. Santiago José ya estaba en el convento de París, recién profeso después de emitir sus votos religiosos. Entendió que era honesto el sustituir al abuelo, que llevaba con desgana su cometido y que él ya no tenía la excusa de sus estudios y su preparación sacerdotal.

Por Navidad, viajó Juan Bautista a París por algún motivo, acaso relacionado con su hermano Juan Remigio que se hallaba en la capital. De nuevo se entrevistó con Nicolás Barré, con quien probablemente había cruzado antes alguna carta. Le preocupaban sus compromisos con los maestros, que cada vez le reclaman mayor entrega. El piadoso mínimo le hizo ver esta vez con clarividencia y audacia que no era justo oponerse a los designios de Dios, que los iba manifestando sin prisas como hace siempre con las almas que El ama. Y le afirmó que su dedicación a las escuelas, a los maestros y a los niños recogidos era claramente el cauce que Dios le señalaba. Juan Bautista volvió a Reims impresionado.

El 21 de Marzo de 1681 otra visita de la muerte conmovió la vida de la familia. Fallecía su hermana Rosa, la

religiosa agustina, en su convento, casi de forma repentina. Tenía sólo 25 años. No estuvo enferma más que diez horas. Acaso fue una apoplejía. Pero se fue sin hacer apenas ruido. Es de suponer el llanto de todos los hermanos, sobre todo de los más pequeños que con Juan Bautista vivían.

A fines de Abril, acaso entre el 30 y el 5 de Mayo, los maestros pasaron toda la semana Santa haciendo un retiro en la casa de Juan Bautista, en la calle de Santa Margarita. Los resultados fueron excelentes y Nyel, que había estado ausente esos días en su fundación de Guisa, pidió a La Salle que asumiera la dirección total de la obra para poder él retirarse y asegurar la eficacia de las escuelas. El sí no fue inmediato. La naturaleza se oponía y la prudencia por la presencia en el hogar de sus pequeños hermanos se interponía. Pero una angustia de conciencia le asaltó. Las escuelas comienzan a aparecer como necesarias. Los párrocos estaban entusiasmados, pues los niños mejoraban en todos los sentidos. Los maestros podían desviarse si se les dejaba a su aire. Nyel ya no mantenía la cohesión entre ellos, pues habla de marcharse. En conclusión, Juan Bautista se sintió ligado a la obra hermosa de atender a tantos cientos de niños abandonados, que llegarían pronto al millar, tal como iban las cosas. La empresa tomaba aires de grandeza. Tal vez era esto lo que había acobardado al bueno de Nyel.

El 24 de Junio, fiesta de San Juan Bautista, llevó a los maestros a vivir de forma estable a su casa. Evidentemente, si lo hubiera consultado con sus familiares, la puerta se hubiera cerrado sin más. Pero lo hizo por sorpresa, y el conflicto familiar estalló de inmediato. El epicentro del terremoto estaba en su cuñado Juan Maillefer, acaso con gran disgusto de su esposa, María De La Salle, que siempre se mostró cariñosa con su hermano sacerdote, al igual que la abuela Petra. Los demás familiares callaron o se aliaron por la espalda con el cuñado. No entendían que una persona de su nivel social pudiera acoger en su hogar a maestros populares, que ante ellos no pasaban del nivel de los criadillos de las casas señoriales. Se sintieron salpicados por el desdoro social.

Juan Maillefer pidió al Consejo de familia que se le quitara la tutela de los hermanos que con él quedaban, lo que consiguió con facilidad. Juan Bautista respondió con el silencio. “Callaba y se cruzaba de brazos”, escribió luego el biógrafo Maillefer, hijo de Juan y de María. Pero su hermano Juan Luis, que tenía entonces ya 17 años, se opuso rotundamente a dejar a su hermano y quedó con Juan Bautista. Los demás niños fueron separados de la casa. Pedro



fue con su hermana María y a Juan Remigio le llevaron interno a los agustinos de Senlis. Todo se hizo contra de la voluntad de Juan Bautista.

Unas semanas después, el agresivo cuñado logró una sentencia judicial para obligar a Juan Bautista a vender los bienes paternos que todavía retenía y a repartir el dinero conseguido entre los hermanos, operación que habría de realizar a lo largo de varios meses. Eso le supuso a Juan Bautista, además de la destrucción de sus recuerdos de sus padres, la convocatoria de subastas y la realización de transacciones que le incordiaron mucho. Pero tuvo que cumplir la decisión judicial, por mucho que le repugnara.

Juan Bautista callaba y aguantaba ante estas medidas, con la firme persuasión de que el bien de las escuelas estaba en juego. Había que dar la preferencia a la obra de Dios, antes que a las propias inclinaciones naturales y a los intereses y gustos de los hombres. Era algo que tenía claro. Y su pensamiento iba con frecuencia a las palabras que le había clavado en el alma Barré: “Dios ante todo... y Dios está en los niños y en los maestros. Habla por ellos, no por los gustos de la carne”.

Los maestros, con el nuevo sistema de vida, se volvieron más ordenados, más elegantes y hasta más espirituales. Es decir, mejoraron como maestros cristianos y evidentemente ello repercutía notablemente en las marchas de las aulas. Pero también para ellos llegaron días de tristeza y de dolor. El 14 de Mayo de 1682 murió el compañero de Nyel, el joven Cristóbal, en la misma casa de Juan Bautista. Era el primer fallecimiento de un maestro en la obra de La Salle. Acaso les causó un poco de desconcierto y les hizo pensar en su propio futuro y en su muerte.

Ante las dificultades de seguir en la casa de Santa Margarita, el 6 de Junio se traslada a vivir con los maestros en otra casa diferente de la familiar. Era un nuevo paso camino del ideal de vida que todavía vagamente estaba oteando en lontananza. Se le solicitó abrir escuelas Rethel, en Château-Porcien y en Guisa y, luego, en Laon. Comenzaba, todavía sin darse cuenta, a ser un Fundador de verdad, pues ya no ayudaba a Nyel, sino que era él el que tomaba las decisiones y mandaba a los maestros.

Aceptó con una carta, la primera que se conoce de él, el 20 de Junio de 1682, la escuela de Château-Porcien, en Ardenes. La primera frase de esa primera carta era significativa. Les dice al alcalde y a los secretarios de Château-Porcien: “Señores, por poco interés que yo tuviera por las cosas de Dios, no podría dejar de

atender su petición, visto el gran interés que tienen por la educación cristiana de sus niños. El próximo sábado, yo enviaré dos maestros para comenzar las clases al día siguiente de San Pedro.” Rapidez, prudencia, colaboración y eficacia. Fue ya la consigna de todas las fundaciones que Juan Bautista de La Salle realizó a largo de los próximos 37 años. Y fueron nada menos que 58.

El 30 de Junio de 1682, la escuela de Château-Porcien iniciaba su labor. Días antes, y también en este mes de Junio, Nyel había sido el autor de la apertura de la escuela de Rethel. Eran los últimos servicios educativos que este providencial maestro prestaba a la obra que entonces nacía. Juan Bautista hubiera esperado un poco más a formar mejor a los maestros, pero los reclamos y llamadas le apremiaban. Se sentía ya cada vez más comprometido con la obra de las escuelas y orara con intensidad para que Dios le hiciera conocer su voluntad.

Como señal de que la obra era de Dios del cielo le llegó la respuesta, es decir comenzaron las dificultades. Por Navidad algunos de los maestros abandonaron al grupo, a pesar de las reflexiones que Juan Bautista les hizo. Se declararon cansados de que se les pidiera demasiado compromiso y eficacia, al mismo tiempo que una vida de piedad que sirviera de ejemplo a los mismos escolares. Pero entonces surgió también un rayo de sorpresa. Otros pidieron unirse al grupo. En pocos meses hubo un cambio curioso. Se le fueron todos los que habían venido con Nyel y, como las escuelas ya eran conocidas y altamente apreciadas, otros maestros mejores les remplazaron. Pudieron llegar en esa hornada Nicolás Vuyart y Enrique L’Hereux, dos de los primeros y más importantes figuras en el naciente Instituto.

Al comienzo del curso escolar, en Septiembre y Octubre del 1682, Juan Luis pasó un tiempo en la labor educativa de Guisa, a fin de reemplazar a un maestro enfermo o de los que se habían desanimado. Inmediatamente después, ingresó en San Sulpicio, de París, para seguir los pasos de su hermano Juan Bautista, para prepararse al sacerdocio, estudiar Teología y terminar un día el doctorado. El año terminó con la certeza en Juan Bautista de que Dios le llamaba a promover las escuelas cristianas. Fue el año fundacional decisivo de la obra de La Salle.